

EFFECTOS Y CONSECUENCIAS DE LA ORFANDAD EN POBLACIONES DEL PASADO: AMERICA DEL NORTE*

Thomas K. Burch

David J. Dewit

*POPULATION STUDIES CENTRE
UNIVERSITY OF WESTERN ONTARIO*

RESUMEN

El artículo expresa la tendencia de la sociedad norteamericana a resolver el problema de la orfandad desde una perspectiva informal: las familias sustitutas no seleccionadas ni controladas por las instituciones estatales parecen mejor solución que los establecimientos creados por el aparato gubernamental para resolver este problema social. Es decir, el contacto humano libremente asumido se privilegia sobre la responsabilidad de la colectividad hacia un individuo en situación precaria.

Los altos índices de orfandad se señalan como una de las razones de una elevada migración interna de estos niños. Las familias incorporaban transitoriamente a estos niños hasta asegurar su independencia.

El programa de "ubicación externa" entendido como esta forma de incorporación familiar relativamente informal fue mucho más extendido como costumbre que la creación de asilos de huérfanos. Este programa también traía niños huérfanos desde Inglaterra. Estos niños cumplían un rol laboral en las zonas donde existía escasez de la mano de obra.

Con el tiempo, en la segunda mitad del siglo XIX ya se avanzaba hacia la solución institucional del problema de la orfanfad. Hay quienes afirman que los huérfanos proporcionaron la mayor parte de los candidatos para la delincuencia juvenil y adulta.

(DEMOGRAFIA HISTORICA)
(ORFANDAD)

(HOGAR NO FAMILIAR)
(DELINCUENCIA JUVENIL)

* Versión revisada de un documento presentado en el Seminario sobre Mortalidad Adulta y Orfandad en el Pasado, realizado en San José, Costa Rica, del 12 al 14 de diciembre de 1984 y que fue copatrocinado por el Comité de Demografía Histórica de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población y la Universidad de Costa Rica y el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE).

EFFECTS AND CONSEQUENCES OF ORPHANHOOD IN POPULATION IN THE PAST: NORTH AMERICA

SUMMARY

The paper deals with the trend of the North American society to solve the problem of orphanhood from an informal perspective: The substitute families, not selected nor controlled by the state institutions, appear to be a better solution than the establishments created by the government to solve this social problem. In other words, a freely assumed decision is favoured before the community's responsibility to an individual in a precarious situation.

The high orphanhood indices are singled out as one of the reason for the high internal migration of these children. The families transitorily incorporated these children until their independence was ensured.

The "external location" programme, understood as this form of relatively informal family incorporation, was significantly more extended as a practice than the establishment of orphan asylums. This programme also brought orphans from England. These children played a labour role in areas where manpower was scarce. With time, in the second half of the XIX century, an institutional solution was developed to the orphanhood problem. To some, orphans contributed most of the candidates to juvenile and adult delinquency.

(HISTORICAL DEMOGRAPHY)
(ORPHANHOOD)

NON-FAMILY HOUSEHOLD)
(JUVENILE DELINQUENCY)

*Revised version of the document submitted to the "Seminario sobre Mortalidad Adulta y Orfandad en el Pasado", held in San Jose, Costa Rica, 11-14 December 1984, cosponsored by the Committee on Historical Demography of the International Union for the Scientific Study of Population, the University of Costa Rica, and the Latin American Demography Centre (CELADE).

INTRODUCCION

La literatura demográfica sobre la orfandad no es abundante y gran parte de ella versa sobre el tema restringido, aunque propiamente demográfico, de las interrelaciones formales entre la mortalidad y la frecuencia de la orfandad.

En las primeras publicaciones la atención se centró en la estimación de la frecuencia de la orfandad, dados ciertos niveles de mortalidad (véanse, por ejemplo, Lotka, 1931; Gregory, 1965; Burch, 1965). Más recientemente, ha aumentado el interés en utilizar datos de encuestas o de registros de matrimonios sobre la frecuencia de la orfandad para estimar los niveles de mortalidad correspondientes a poblaciones que carecen de datos adecuados de registro de defunciones, énfasis bien ilustrado por el presente seminario.

Los demógrafos han tenido menos que decir acerca de las consecuencias de la orfandad, tal vez debido a una tendencia general a concentrarse más en las causas que en las consecuencias de los acontecimientos demográficos, o tal vez debido a que se percibía que la orfandad no tenía consecuencias sociales o económicas. Dicha percepción puede haber sido acertada en una disciplina que se concentrara en análisis formales del tamaño, el crecimiento y la estructura de las grandes aglomeraciones de población. Nótese que los posibles efectos de la orfandad —al dar origen a una tasa más elevada de mortalidad infantil o matrimonios más precoces de los huérfanos— son efectos conductuales más bien que efectos demográficos formales.

Sin embargo, semejante punto de vista es menos acertado en una disciplina que reconoce cada vez más los vínculos conductuales así como los vínculos formales entre las variables demográficas (por ejemplo, la hipótesis de Easterlin, o la relación entre la mortalidad infantil y la fecundidad), y que en forma creciente investiga a los grupos (hogares, familias, redes de parentesco) y a los individuos, y las secuencias de distintos acontecimientos relacionados entre sí y los acontecimientos considerados aisladamente.

En todo caso, ni las publicaciones demográficas ni las de otras ciencias sociales nos proporcionan un marco bien elaborado para estudiar las consecuencias de la orfandad. El presente documento comienza reseñando algunos de los elementos de ese marco y en otros casos se limita a plantear asuntos que un marco adecuado tendrá que abordar. En la segunda sección, el documento examina de manera muy general los niveles históricos de mortalidad en América del Norte y sus consecuencias para la frecuencia de la orfandad y sus cambios desde la época colonial. En la tercera sección se presenta una reseña histórica general de la orfandad en América del Norte, haciendo hincapié en las consecuencias, tanto en aquéllas percibidas como en la respuesta social, y en lo que pueden ser algunas diferencias claves entre la experiencia norteamericana y la de otras regiones, en especial Europa.

Para los fines del presente documento, un huérfano se define como un niño — es decir, una persona que no es capaz de llevar una vida más o menos normal como adulto independiente— que ha perdido a uno de sus padres (o a los dos) por fallecimiento. La edad de la independencia diferirá, desde luego, de una sociedad a otra. No nos oponemos a las definiciones que extienden el concepto de orfandad a los adultos, como es el caso de los análisis en que se trata de estimar los riesgos de mortalidad por edad con los datos de encuestas sobre orfandad por edad. Pero, desde el punto de vista de las consecuencias, la pérdida de un padre para un niño dependiente es una experiencia fundamentalmente diferente a la pérdida de un padre para un adulto.

LAS CONSECUENCIAS DE LA ORFANDAD: UN MARCO CONCEPTUAL

El primer paso para evaluar las consecuencias de la orfandad consiste en hacer la distinción tradicional e importante entre los tres tipos principales: materna, paterna y total, distinción hecha según si la persona ha perdido, por fallecimiento, a su madre biológica, a su padre biológico o a los dos. Un segundo paso consiste en precisar lo referente a nuestras preguntas acerca de las consecuencias: ¿consecuencias para quién? ¿El individuo huérfano, sus hermanos, el progenitor sobreviviente (si lo hay), parientes, amigos, vecinos, la comunidad local, la sociedad en general? Consideramos axiomático que las consecuencias de la orfandad diferirán marcadamente de acuerdo con el tipo de orfandad y según la perspectiva de quien evaluemos dichas consecuencias.

Por lo que se refiere al tipo, el punto más evidente es que en el caso de la orfandad parcial, el niño y otras partes interesadas, incluida la sociedad en general, pueden mirar hacia el progenitor sobreviviente en busca de una continuidad de la función paterna. Con la pérdida de ambos padres, otra persona debe convertirse en padre sustituto: un hermano mayor u otro pariente, un amigo o vecino, la sociedad. El niño huérfano será adoptado, empleado o confinado en una institución o, en su defecto, iniciará una independencia prematura, lo que dependerá de su edad y otras características personales, las cultura y estructura social imperantes y otras contingencias de la vida, tales como el número y la situación de los parientes y el estado

de la economía. En términos generales, los problemas o consecuencias negativas de la orfandad serían mayores en el caso de los huérfanos de padre y madre, en el sentido de que el individuo le iría peor material y psicológicamente y que habría mayor necesidad de que interviniera la comunidad. Sin embargo, esto sigue siendo en gran medida una hipótesis y se puede pensar en excepciones.

Una posible excepción se relacionaría con la experiencia diferencial de los huérfanos de madre y los de padre. Dados los sistemas imperantes de estratificación según el sexo, un viudo está en mejores condiciones para atender económicamente a las necesidades de sus hijos huérfanos y para contratar servicios de puericultura que él mismo no pueda proporcionar. En muchas sociedades, sus posibilidades de volver a casar son mayores que las de una viuda, de modo que puede proporcionar al niño una madrastra. Las normas culturales, por lo común, desaprueban el nuevo matrimonio de la mujer, y algunas (por ejemplo, la hindú tradicional) lo prohíben por completo, mientras al mismo tiempo otorgan a las viudas una condición muy baja. En estas circunstancias a un huérfano de padre le puede ir casi igual que a un huérfano de padre y madre.

Existen paralelos interesantes con la situación en América del Norte contemporánea donde, dadas las prácticas de tuición luego del divorcio y las diferencias según el sexo en cuanto a probabilidades de volver a casarse, las familias de un solo padre encabezadas por una mujer son más comunes que las encabezadas por un hombre y, por lo general, están mucho peor desde el punto de vista económico.

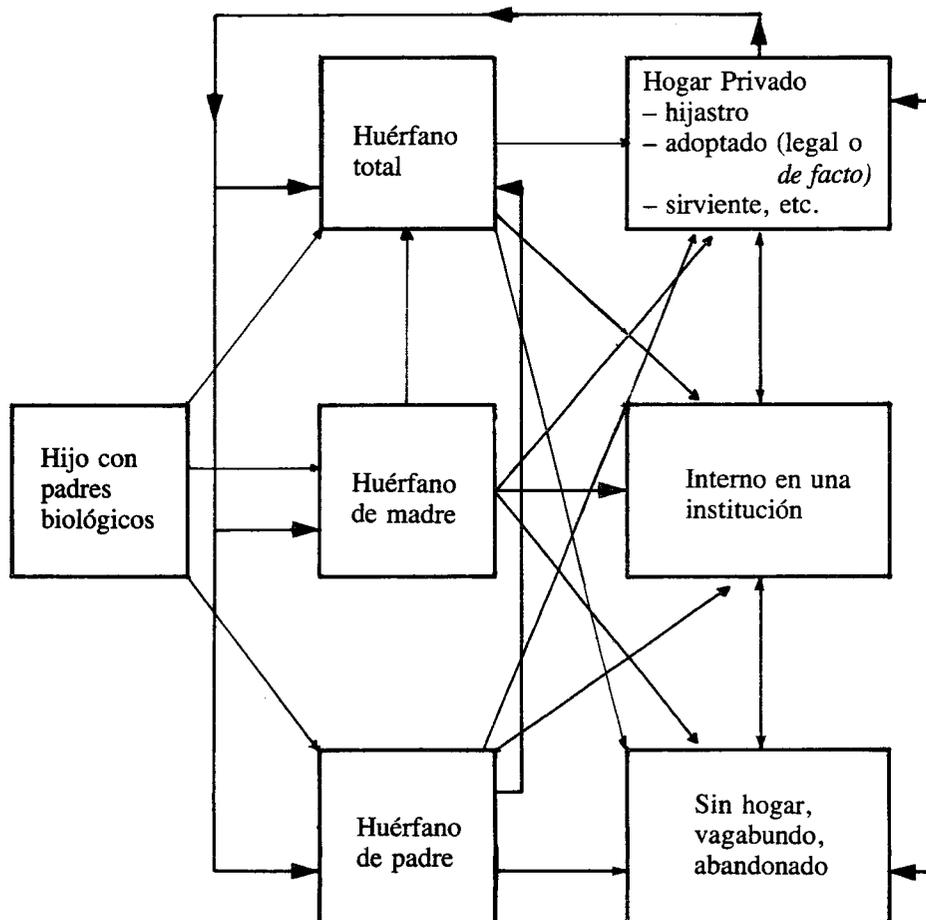
Las consecuencias sociales de la orfandad dependerán, por lo tanto, de la frecuencia relativa de los diferentes tipos. Y, aunque estas frecuencias tenderán a covariar, ya que dependen del nivel predominante de mortalidad, pueden presentarse diferencias no triviales. Por ejemplo, las diferencias de mortalidad por sexo en la India tradicional, en comparación con la América del Norte contemporánea, producirían diferencias marcadas en los números relativos de huérfanos de madre y de padre. Patrones similares podrían surgir de las diferencias en la edad al casarse, en las diferencias de edades de los cónyuges y en la pauta de edad de las mujeres al procrear. Los números relativos de los huérfanos totales, en oposición a los huérfanos de madre o padre, dependerán del grado de independencia de los riesgos de mortalidad de los miembros del hogar o de la familia, lo cual a su vez será una función de variables tales como el grado de estratificación por edad y sexo dentro del hogar, y las causas predominantes de muerte. La mayor parte de los trabajos demográficos hasta la fecha han estimado la frecuencia de la orfandad utilizando la suposición simplificada de la independencia. Evidentemente, el progreso en la comprensión de las consecuencias de la orfandad exigirá nuevos trabajos demográficos formales para medir o estimar los patrones efectivos de incidencia y prevalencia, según su tipo.

Nuestro enfoque de esta tarea puede ser ayudado si planteamos nuestras preguntas acerca de la condición del niño huérfano en función de la demografía de multi-status. El gráfico 1 ilustra el enfoque. Comenzamos con un niño que vive con

sus padres biológicos. A partir de ese estado, puede pasar a uno de tres estados de orfandad. Nótese que un hijo puede pasar al estado de huérfano total directamente con el fallecimiento simultáneo de los dos padres, o indirectamente.

Gráfico 1

STATUS DEL NIÑO RELACIONADO CON LA ORFANDAD



Una vez que se encuentra en un estado de orfandad, un niño puede permanecer allí durante un tiempo. El huérfano de padre o de madre continúa como tal en un hogar de un solo padre. El estado de huérfano total parecería más inestable, en cuanto que la dependencia generalmente exigirá que esa persona encuentre padres sustitutos. En los casos en que hay hermanos mayores, ellos pueden llenar esa función, permaneciendo con el huérfano en el hogar de los padres.

Sin embargo, en cada caso, el niño con frecuencia pasará a un nuevo estado, como resultado de los esfuerzos para recrear una situación familiar o conyugal más normal, o para proporcionar el cuidado necesario de alguna otra manera. De este modo, el huérfano de madre o de padre puede pasar al estado de hijastro debido al nuevo matrimonio del progenitor sobreviviente. Los huérfanos, totales o de padre o madre, pueden ser adoptados o empleados por otra familia, ó también ingresar en instituciones. Finalmente, el niño puede hacerse independiente prematuramente y con frecuencia marginalmente, suponiendo que ha alcanzado alguna edad mínima, en calidad de niño abandonado sin hogar o “chiquillo de la calle”. Cabe presumir que esto “sería más común para los huérfanos totales que para los huérfanos con un padre sobreviviente”.

En los casos en que la mortalidad es elevada, los niños cuya situación familiar es “normalizada” mediante la adopción o un nuevo matrimonio pueden quedar huérfanos por segunda o incluso por tercera vez, debido al fallecimiento del padre sustituto. Esto debe haber sido particularmente común en el caso de los huérfanos enviados a vivir con sus abuelos.

El gráfico 1 es una exposición preliminar, no sin sus problemas. Por ejemplo, algunas de las categorías no son mutuamente excluyentes; tienden a mezclar la orfandad con la situación familiar de una manera que no sería satisfactoria para una efectiva estimación estadística. Sin embargo, es adecuada para nuestros actuales propósitos, para ilustrar la forma en que las consecuencias dependen de las particulares “trayectorias familiares” seguidas por los huérfanos en el transcurso de sus vidas.

Un segundo punto importante acerca de las consecuencias de la orfandad es que ellas difieren en calidad y grado, según de quien sea el punto de vista que adoptemos. Asimismo, vale la pena señalar que, como en la mayoría de los problemas humanos, no todas las consecuencias son negativas.

Desde el punto de vista del niño, la orfandad implica la pérdida de un protector y defensor natural, y a menudo debe prepararse para la pérdida de jerarquía y la explotación. Entre las experiencias comunes se incluyen la asunción prematura de responsabilidades de adultos (por ejemplo, el hermano o la hermana mayor en una familia de un progenitor que ha quedado solo), situaciones de servicio equivalente a trabajo con contrato de “aprendiz”, y la inclusión en marcos impersonales, incluso severos, de una institución. El ingreso a la categoría de hijastro normaliza, en cierto sentido, la situación familiar, pero el resultado no siempre es feliz, y por cierto han llegado a constituir el tema de muchas expresiones del folklore y la literatura, siendo La Cenicienta uno de los ejemplos más famosos. Sin embargo, a veces la orfandad puede resultar una bendición en el largo plazo. Para los niños mayores, podría significar la oportuna herencia de la granja de la familia, en contraste con la larga espera, a menudo dolorosa (véase Berkner, 1972), y de este modo un matrimonio más temprano. Y no todos los padres son o fueron buenos padres, con amplios medios para sustentar a sus hijos; el cambio del huérfano a un ambiente sustituto mejora a veces su tratamiento y sus posibilidades futuras.

Del mismo modo, para los vecinos, amigos o parientes cercanos del huérfano, la orfandad tiene la doble calidad de responsabilidad y de carga, pero también de oportunidad. En términos microeconómicos modernos, hay tanto costos como beneficios asociados con la responsabilidad de criar a un niño, y el equilibrio entre los dos difiere marcadamente en el tiempo y en el espacio. Los huérfanos a menudo proporcionaban compañeros o cuasi sirvientes para los parientes mayores sin hijos propios (pero en muchos sistemas ocurre lo mismo con niños que tienen a sus dos padres todavía vivos). Donde el trabajo productivo comienza a temprana edad, todos los huérfanos, salvo los muy jóvenes, pueden ser insertados fácilmente en la fuerza de trabajo.

Existe una línea divisoria con respecto a las consecuencias de la orfandad entre las sociedades en que los huérfanos son atendidos más o menos adecuadamente por la familia y los amigos, de una manera informal, y aquellas sociedades en que la comunidad, la iglesia o el gobierno consideran que deben intervenir, en otras palabras, aquellas sociedades en que la orfandad ha sido definida como un problema social para el que se necesita una respuesta oficial e institucionalizada. Esta última situación podría surgir ya sea porque no se está cuidando en absoluto a los huérfanos, sino que están convirtiéndose en “niños abandonados sin hogar”, o porque se considera que los arreglos informales para su cuidado entrañan niveles inaceptables de explotación o abuso. De este modo, la definición de la orfandad como problema social depende en parte de la situación de hecho (el número de huérfanos, el estado de la economía, la estructura social y económica, etc.), pero también en parte de las definiciones culturales del tratamiento aceptable de los niños y de su papel en la sociedad, así como del papel apropiado del gobierno, o de la sociedad en general en la prestación de asistencia social para aquéllos que no son capaces de valerse por sí solos. (Véanse, por ejemplo, los esfuerzos que realizan actualmente los políticos conservadores en los Estados Unidos para reducir los gastos del gobierno en asistencia social, instando a los parientes y otros ciudadanos privados a desempeñar un papel más importante). El tema de la necesidad percibida de la intervención por parte de la sociedad y el gobierno, como se verá más adelante, emerge como asunto central en una sinopsis histórica de la orfandad en América del Norte.

LA FRECUENCIA DE LA ORFANDAD EN AMERICA DEL NORTE: UNA SINOPSIS HISTORICA

Respecto del primer período histórico en América del Norte, sabemos que la orfandad era común, simplemente porque los niveles de mortalidad eran elevados, y que su frecuencia declinó en forma más o menos constante junto con los progresos alcanzados en los valores de la esperanza de vida. Sin embargo, se carece de una reseña detallada de esas tendencias por región específica, debido a la falta de una serie completa de tablas de vida u otras estimaciones de la mortalidad. Gran parte de nuestro conocimiento se basa en pruebas históricas o literarias.

Uno de los primeros relatos de la América colonial que nos da una idea de lo generalizada que era la orfandad es el diario de Cotton Mather, de 1697. En un

pasaje, nos cuenta de una emotiva conversación con su hija Katy, de ocho años de edad, en la que le decía que moriría pronto: “Le di a entender que cuando partiera de su lado, ella debía estar preparada para enfrentarse con aflicciones más humillantes que las que enfrentaba ahora que tenía un padre cuidadoso y tierno que atendía a su sustento” (Bremner, 1983: 83). Sin embargo, la ironía de esa conversación quedó en evidencia cuando Mather sobrevivió a su hija. Con todo, la conversación de Mather debe haber reflejado una preocupación bastante común entre los padres de esa época por el bienestar de sus propios hijos, ya que a menudo el fallecimiento de los padres se producía tempranamente.

En su libro, *A Little Commonwealth: Family Life in Plymouth Colony*, John Demos arroja alguna luz sobre la extensión de la orfandad en la primera parte del siglo XVII mediante el estudio de testamentos. Un caso comprendía a cuatro niños huérfanos de Barnstable. Según Demos, “los niños eran hijos de Henry y Abigail (Bishop) Coggin y habían nacido durante los años 1640. Su padre falleció alrededor de 1648 y su madre pronto se volvió a casar con otro hombre, también viudo, llamado John Finney. Al parecer, los hijos siguieron a su madre al hogar de Finney. Sin embargo, cinco años más tarde, su madre también estaba muerta y John Finney se preparaba para casarse otra vez” (Demos, 1976: 122). No disponemos de pruebas concluyentes de que se tratase de un caso típico, pero dados los niveles de mortalidad de la época, no debe haber sido una situación poco común. Los datos de que se dispone respecto de Inglaterra durante aproximadamente el mismo período son pertinentes. En su artículo “Parental Deprivation in the Past: A Note on the History of Orphans in England”, Peter Laslett analizó datos de los huérfanos residentes de Clayworth, Nottinghamshire, en los años 1676 y 1688. Sus conclusiones revelan que casi un tercio (32%) de todos los niños residentes en Clayworth en esas dos fechas había perdido a un padre por fallecimiento (Laslett, 1974:13). Cabe señalar que no se puede suponer que los datos de Inglaterra sobre la frecuencia de la orfandad puedan aplicarse directamente a América del Norte. Sin embargo, parece probable, dadas las duras realidades de la vida de la frontera en el Nuevo Mundo, que los niveles de mortalidad fueran por lo menos iguales, y probablemente superiores, a los de Europa.

En el siglo XVII, la incidencia de la orfandad en la América colonial probablemente siguió siendo alta y no experimentó variaciones. En un estudio de familias cuáqueras, Robert V. Wells proporciona algunas pruebas gráficas:

“Antes del año 1800, al 18,8% de los matrimonios cuáqueros se había disuelto debido al fallecimiento e uno de los cónyuges antes de llegar al 15o. aniversario de matrimonio ... El 69% de todos los matrimonios cuáqueros estudiados eran de menor duración que el promedio de lo que duraba la crianza de los niños en ese grupo. En realidad, una viuda o un viudo cuáqueros cuya experiencia se ajustara a la mediana podía esperar tener hijos a su cuidado durante 9,3 años después del fallecimiento de su primer cónyuge” (Wells, 1972:278).

Estas conclusiones apuntan también a aspectos temporales característicos de la vida familiar del siglo XVIII. Desde la perspectiva del ciclo de vida, la elevada mortalidad de los padres tenía el efecto de reducir en gran medida tanto el número de "etapas de vida familiar" separadas, como su duración media. La mortalidad acortaba el matrimonio, el tiempo dedicado a la crianza de los hijos y el tiempo que ambos cónyuges permanecían juntos una vez que el último de sus hijos había abandonado el hogar.

En contraste con la relativa estabilidad y la uniformidad espacial de la orfandad antes del año 1800, la situación después de ese año cambió radicalmente. Al parecer, la orfandad tomó una dimensión rural-urbana primordialmente debido a que los Estados Unidos de América habían entrado en un período de masiva inmigración europea. La frecuencia de la orfandad en zonas predominantemente rurales pareció declinar (en respuesta a la reducción constante de la mortalidad ineditamente antes y después del final del siglo). Un caso pertinente es el de Germantown, Pennsylvania, donde Stephanie Wolf descubrió que desde 1750-1759 hasta 1790-1799 el porcentaje de familias que habían perdido una padre disminuyó en forma constante del 23% a sólo el 7,5% (Wolf, 1976:274). Del mismo modo, Wells (1971) nos proporciona un buen indicio del contraste en los niveles de mortalidad rural antes y después del año 1800. Según Wells, "las viudas cuáqueras de los años 1700 sobrevivían un promedio de 13,7 años después de la muerte de sus esposos. Esta cifra se encuentra considerablemente por debajo de la duración mediana de la viudez (18,7 años) correspondiente a las esposas nacidas entre 1800 y 1889" (Wells, 1971:279).

En contraste con las zonas rurales, la orfandad en los centros urbanos (en particular las grandes ciudades portuarias de Nueva York, Boston y Filadelfia) al parecer siguió siendo elevada. La razón primordial era la inmigración. Los decenios que siguieron al año 1800 vieron a Europa en un estado de fermentación económica, social y política. La revolución francesa, las guerras napoleónicas, la hambruna de la papa en Irlanda y el rápido crecimiento de la población se habían combinado para crear la migración masiva hacia el Nuevo Mundo. El problema resultante para la parte oriental de América del Norte surgió no sólo de la magnitud de la inmigración sino también de su composición. Los problemas sociales y económicos de Europa golpearon antes que nada al segmento empobrecido de la población, causando la llegada constante de miles de inmigrantes pobres. Pronto surgieron los distritos de tugurios. "Sólo en 1817 ingresaron a los Estados Unidos más de 20 000 inmigrantes, de los cuales más de 7 600 desembarcaron en la ciudad de Nueva York. Se calcula en 28 000 el número de inmigrantes que llegaron a la ciudad" entre marzo de 1818 y noviembre del año siguiente (Schneider, 1938:130). La concentración masiva de inmigrantes pobres en barrios de tugurios elevó bruscamente las tasas de mortalidad y, por lo tanto, la orfandad se convirtió en un grave problema.

Los inmigrantes irlandeses, en particular, fueron duramente afectados por la mortalidad en la mayoría de los principales centros urbanos. "En 1850, de las 2 742 personas que fallecieron de cólera en la ciudad de Nueva York, 1 086 eran irlande-

ses... En conjunto, las personas nacidas en el extranjero constituyeron el 55% de las muertes producidas por el cólera en la ciudad” (Pickett, 1969:5). La incidencia de la orfandad se elevó bruscamente como consecuencia de los elevados niveles de mortalidad de los padres, producidos por esas epidemias. “Solamente cuatro de cada diez niños aprehendidos por las autoridades podían afirmar que sus dos padres vivían todavía. En dos de cada diez hogares la madre gobernaba sola. En uno de cada catorce hogares, el padre tenía que criar a sus hijos sin la asistencia de una esposa” (Pickett, 1969:5). Repentinamente, la orfandad se hizo visible para la sociedad y de este modo se la reconoció como problema social. No fue sino hasta la última parte del siglo XIX que la incidencia de la orfandad comenzó a disminuir, debido al mejoramiento de las condiciones sanitarias y tal vez a la selectividad de la inmigración ante la estabilidad política y económica de Europa y las sociedades mejor establecidas y, por lo tanto, más atractivas de América del Norte. Esta declinación de fines del siglo XIX puede verse claramente en las series cronológicas de las tablas de vida de Quebec y Ontario correspondientes al período 1861-1921 (veáanse Légaré y Desjardins, 1976, y McQuillan, 1985, respectivamente). En el cuadro 1 figura el porcentaje de los niños huérfanos de madre a los 5, 10, 15 y 20 años de edad, calculado mediante la fórmula abreviada de Lotka, que supone una edad media de procreación de 30 años para las mujeres. De este modo, se pretende que los cálculos sean ilustrativos de las tendencias y no estimaciones precisas para las fechas de que se trata.

Cuadro 1
PORCENTAJE DE HUERFANOS DE MADRE EN ONTARIO (1861-1921)
SEGUN EDADES SELECCIONADAS DE LOS NIÑOS

	5	10	15	20
1861 - 1871	4.9	10.1	15.5	21.2
1871 - 1881	4.6	9.4	14.4	19.9
1881 - 1891	4.1	8.5	13.2	18.2
1891 - 1901	3.8	7.8	12.2	16.9
1901 - 1911	3.0	6.4	10.0	14.2
1911 - 1921	1.9	4.2	6.9	10.2

PORCENTAJES DE HUERFANOS DE MADRE EN QUEBEC (1861-1921)

	5	10	15	20
1861 - 1871	4.4	8.9	13.6	18.6
1871 - 1881	4.4	8.9	13.6	18.6
1881 - 1891	4.5	9.1	13.8	18.9
1891 - 1901	4.2	8.6	13.1	17.9
1901 - 1911	3.8	7.9	12.1	16.8
1911 - 1921	3.4	7.0	10.9	15.4

Fuente: Calculados de las tablas de vida de Légaré y Desjardins (1976) y McQuillan (1985)

En Ontario, el porcentaje de huérfanos disminuye durante todo el período, y la tendencia descendente se acelera hacia fines del siglo. En Quebec, donde la declinación de la mortalidad se retrasó, no hay un cambio apreciable en el porcentaje de huérfanos alrededor de 1900, e incluso después de esa fecha es menor que en Ontario, por lo menos hasta 1921.

En el cuadro 2 se presenta alguna información conexas obtenida del censo canadiense de 1921, en el que se incluyó una pregunta sobre orfandad. Muestra la proporción de niños de menos de 15 años de edad con “sus dos padres vivos”, “su padre muerto”, “su madre muerta” y “sus dos padres muertos, divorciados, o no se hizo declaración”. El significado de la última categoría inutiliza los datos para estudiar directamente la incidencia de la orfandad total. Las proporciones de huérfanos de madre en general son coincidentes con las estimaciones analíticas presentadas anteriormente del período 1911-1921. Asimismo, es interesante señalar que, mientras la orfandad de padre era apreciablemente más elevada en las zonas urbanas, la diferencial entre las mujeres se invirtió, con una incidencia levemente más elevada de la orfandad de madre en la población rural.

CONSECUENCIAS SOCIALES Y ECONOMICAS

Como se indicó en la última sección, la incidencia de la orfandad era muy elevada, tanto en las zonas rurales como en las zonas urbanas, antes de 1800. Sin embargo, parece que muchas comunidades pudieron proporcionar cuidado y protección a los niños huérfanos sin recurrir a la participación de instituciones formales. En muchas comunidades de la frontera, el problema de la elevada frecuencia de la orfandad fue abordado mediante tres mecanismos sociales interconectados: una forma de adopción temprana conocida como “ubicación externa” (“putting out”), un sistema de responsabilidad social que entrañaba una obligación no escrita por parte de los parientes para reemplazar a los padres, y finalmente un sistema de herencia basado en la familia que servía para asignar los bienes familiares (incluidas las tierras) a los herederos en perspectiva. La clave de estos tres mecanismos era una compleja red de vínculos de parentesco característicos de la mayoría de las comunidades de la frontera. Las redes de parentesco funcionaban como una fuerza cohesiva que fomentaba la interdependencia y, por lo tanto, constituían una fuente inapreciable de apoyo a los niños que habían perdido a uno o a sus dos padres. En efecto, la presencia de redes de parentesco cercano protegía a la sociedad en general contra las consecuencias sociales y económicas negativas de la orfandad.

El proceso colonial de “ubicación externa” fue tal vez el mecanismo social más importante basado en el parentesco. En su artículo “Adoption in Early America”, Yasuhide Kawashima describe tal proceso en una forma que indica la importancia fundamental de los vínculos de parentesco dentro de la comunidad, así como el hecho de que esos vínculos se daban por sentado en las disposiciones testamentarias relativas a los hijos:

La “ubicación externa” significaba que los niños a menudo eran colocados en los hogares de parientes donde tenían que trabajar y

Cuadro 2

ORFANDAD DE NIÑOS MENORES DE 15 AÑOS POR GRUPOS DE EDAD, Canadá, 1921

Grupos de edades	Total de niños menores de 15 años de edad	Niños menores de 15 años de edad con:							
		Sus dos padres vivos		Su padre muerto		Su madre muerta		Sus dos padres muertos, divorciados o no se hizo declaración ¹	
		Número	Porcentaje	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje
Canadá	3.016.984	2.752.788	91,24	84.833	2,81	55.274	1,83	124.089	4,11
0-6	1.490.036	1.409.416	94,59	26.104	1,75	16.273	1,09	38.243	2,57
7-14	1.526.948	1.343.372	87,98	58.729	3,85	39.001	2,55	85.846	5,62
Zonas rurales	1.643.211	1.499.625	91,26	36.329	2,21	31.214	1,90	76.043	4,63
0-6	818.118	770.985	94,24	11.650	1,42	9.274	1,13	26.209	3,20
7-14	825.093	728.640	88,31	24.679	2,99	21.940	2,66	49.834	6,04
Zonas urbanas	1.373.773	1.253.163	91,22	48.504	3,53	24.060	1,75	48.046	3,50
0-6	671.918	638.431	95,02	14.454	2,15	6.999	1,04	12.034	1,79
7-14	701.855	614.732	87,59	34.050	4,85	17.061	2,43	36.012	5,13

Fuente: *Census of Canada, 1921, Vol. III, Cat. N° 98-53.*

¹Incluye a los niños que vivían en instituciones y respecto de los cuales no se disponía de información.

eran mantenidos y adiestrados por sus patrones... Los niños colocados en estas familias "adoptivas" eran tratados por los dueños de casa como si fueran sus propios hijos y con frecuencia heredaban una parte de sus propiedades. Aunque muchos de estos niños tenían padres vivos, la mayoría eran huérfanos, de padre o de madre. De ordinario, los padres disponían lo necesario para el sustento del hijo en sus testamentos y, por lo general, lo hacían criar por un pariente, hermanastro mayor, los abuelos, un padrastro o una madrastra, un hermano mayor, un tío o una tía" (Kawashima, 1982: 682-683).

Incluso cuando no había un testamento u otro arreglo específico, los parientes cercanos generalmente asumirían la responsabilidad de los niños huérfanos. Se puede hacer referencia nuevamente a los cuatro niños huérfanos de Barnstable mencionados anteriormente. En 1653, después que el segundo matrimonio de John Finney había concluido con la muerte de Abigail (Bishop) Coggin, John Finney se estaba preparando para casarse de nuevo. Sin embargo, debido a que sus cuatro hijastros ya no serían parientes consanguíneos de su nueva esposa, Finney escribió una carta al padre de su difunta esposa y abuelo de los niños, Thomas Bishop, quien vivía entonces en Inglaterra, para determinar quién debería hacerse cargo de la tuición de los cuatro niños. En su respuesta a Finney, las instrucciones de Bishop acerca del bienestar de los niños fueron las siguientes".

La única niña, Abigail, debía "venirse a mi hogar porque tengo la intención de aceptarla como una hija". En cuanto a su hermano Thomas: "Lo encomiendo a su cuidado y confío en que usted atenderá a sus necesidades y lo mantendrá como su propio hijo ocupando sus medios para ayudar a su sustento". Otro niño, llamado John, debería "ser enviado a Boston o Salem para prepararse en aquel oficio que mejor acomode a sus aptitudes. Ojalá se hiciera marino para que pudiera venir a Inglaterra algún día, de modo que yo pudiera verlo. O si usted lo tiene a bien, cuando yo mande a buscar a su hermana, usted lo puede enviar también con ella". El tercer niño, Henry, debía permanecer con Finney "como su propio hijo, que ha de ir a la escuela y aprender a leer y escribir hasta que esté apto para ponerse a las órdenes de un patrón" (Demos, 1976:122).

Este intercambio de correspondencia sugiere un fuerte sentido de obligación por parte de los parientes cercanos para convertirse en padres y tutores responsables de niños huérfanos emparentados con ellos por consanguinidad. En las palabras de John Demos, "se suponía que la responsabilidad última por el bienestar de los niños pertenecía no a su padrastro (que los había conocido íntimamente durante unos cinco años) sino a su abuelo (que probablemente no los había visto jamás)" (Demos, 1976:122-123).

Un tercer mecanismo social importante para hacer frente al problema de la orfandad era un sistema de herencia basada en la familia. Para la mayoría de las

sociedades de la frontera, la herencia familiar estaba organizada de tal modo que los hijos huérfanos o los hijos “semi-huérfanos” fuesen mantenidos sobre la base de su propia participación en una herencia. Kawashima (1982) describe el sistema de herencia familiar en la siguiente forma:

“En sus testamentos, los padres coloniales frecuentemente designaban curadores para las herencias de sus hijos, pero sólo en casos muy raros asignaban la tuición a cualquier otra persona que no fuera la madre. A veces el esposo-padre nombraba a su esposa como curadora y colocaba a los hijos bajo su cuidado durante su viudez, estipulando que otras personas que él designaba habían de tener el cuidado de los hijos si su esposa se volvía a casar. Sin embargo, una vez que se recurría al sistema de “ubicación externa”, los niños por lo general quedaban bajo la tutela y tuición de aquellos individuos que los criarían. Algunos testadores delegaban autoridad en sus albaceas para que vincularan a sus hijos a familias adecuadas. Si un hombre fallecía sin testar y sin haber nombrado tutores para sus hijos menores de edad, se pedía al tribunal que los vinculara a algunas personas responsables. Las personas así nombradas, que podían ser hermanos, padrastros u otros parientes, amigos o vecinos, eran considerados estrictamente responsables ante el tribunal” (Kawashima, 1982: 683-684).

Cabe mencionar asimismo que los padrinos participaban con frecuencia en el bienestar de sus ahijados. Según Kawashima, los colonos no sólo tenían cuidado en legar parte de sus propiedades a sus ahijados, sino que también con frecuencia les daban sus nombres” (Kawashima, 1982: 686). En otras palabras, los parientes ficticios, así como los parientes consanguíneos o por afinidad, formaban parte de la red de sustento del huérfano.

Los sistemas de herencia reflejaban la complejidad de la comunidad en general en cuanto que las decisiones relacionadas con la asignación de las tierras y otros bienes familiares estaban directamente vinculadas a una vasta red social basada en los lazos de parentesco. En su artículo “Kinship and Community in Rural Pennsylvania, 1749-1820”, Daniel Snyder examina la importancia del parentesco y la comunidad con respecto a la herencia. Según Snyder, “cada testamento redactado por los jefes de familia (por lo general el padre) entrañaba la elección de un conjunto de estrategias de administración para la familia que asignaba los recursos de tierras, mano de obra y capital en un intento por establecer a los hijos y disponer lo necesario para el mantenimiento de la viuda” (Snyder, 1982:44).

Se puede apreciar la importancia del parentesco cuando se examina la forma en que un individuo escribía su testamento. Según Snyder, redactar un testamento en la zona rural de Pennsylvania era una labor muy compleja.

“Cada persona que redactaba un testamento encontraba también que estas decisiones personales estaban ligadas a contextos sociales

más amplios mediante una matriz causal de múltiples factores; las decisiones afectaban no sólo a las estructuras de apoyo para su propia familia, sino también aquéllas de las que dependían otros miembros de la comunidad” (Snydacker, 1982: 44).

Al redactar un testamento, había varias estrategias administrativas que se referían específicamente al bienestar de los niños. La necesidad de esas estrategias provenía del hecho de que en cada granja familiar algunos niños tendrían que ser excluidos de una participación en las tierras. A fin de compensar a los que eran excluidos, muchos testamentos incluían disposiciones para que los niños que recibían una mayor participación efectuaran pagos a los que recibían menos (Snydacker, 1982: 49-50). Estrategias como ésta aseguraban que la mayoría de los niños que habían perdido a uno o a sus dos padres recibieran una parte de la herencia de los padres.

Finalmente, cabe señalar que para muchos propósitos, el sentido de obligación mutua entre los parientes a menudo se reflejaba en las congregaciones religiosas y en la comunidad en general. Muchos agricultores se veían obligados, en épocas de necesidad, a depender de amigos y vecinos en materia de apoyo financiero. Los miembros de las congregaciones cuáqueras, luteranas y moravas alentaban esta dependencia mutua, que a su vez se reflejaba en sus testamentos (Snydacker, 1982: 56). Este sistema imperante de mutua obligación debe haber sido un mecanismo extremadamente eficaz para atender al cuidado de los niños huérfanos.

Un cuarto mecanismo social específico no mencionado todavía era el de las segundas nupcias, mecanismo que cabe presumir era frecuente en la América del Norte colonial, aunque los estudios detallados al respecto son escasos. Contraer un nuevo matrimonio podía funcionar para proporcionar un padrastro o una madrastra a los hijos huérfanos de los contrayentes, así como para que éstos se reintegraran en la red general de parentesco y de la comunidad descrita anteriormente. Sin embargo, un autor sugiere que la presencia de hijos disminuía las probabilidades de que los viudos volvieran a casarse, al estar ya satisfechas sus necesidades de herederos, compañía, asistencia doméstica, etc:

“Un nuevo matrimonio con frecuencia se relacionaba con el fallecimiento de los hijos en un hogar sin madre, y prácticamente ningún viudo cuya esposa lo dejaba sin hijos permanecía soltero. Aquellos que nunca más se volvían a casar tenían de dos a diez hijos vivos, uno de los cuales por lo menos era varón” (Wolf, 1976: 275).

Después del año 1800, la situación con respecto a la orfandad cambió radicalmente con la llegada de miles de inmigrantes europeos, predominantemente pobres. Como se mencionó anteriormente, una parte considerable de esta afluencia de inmigrantes se concentró en los centros urbanos, lo que dio por resultado enormes zonas de tugurios agobiados por la muerte y la enfermedad. Las elevadas

tasas de mortalidad de los padres dejaban literalmente a miles de niños huérfanos vagando por las calles en busca de comida y alojamiento. Los mecanismos sociales que anteriormente habían servido para atender a los huérfanos de la sociedad eran inexistentes o ineficaces en este contexto.

Había dos razones que explicaban esta situación. En primer lugar, la magnitud y la rapidez de la inmigración abrumaron a la sociedad urbana.

Simplemente se acumularon demasiados niños huérfanos en un período demasiado breve para ser absorbidos en la estructura social. En segundo lugar, el patrón de inmigración había experimentado un cambio significativo desde la época colonial. Los primeros colonos habían inmigrado a menudo como unidades familiares completas, que ya tenían parientes consanguíneos en el Nuevo Mundo y de este modo tenían las redes de parentesco cercano descritas anteriormente. Según Wolf (1976), “las familias nucleares llegaban y atendían al sustento de sus hijos dentro de sus propios municipios cerrando las puertas a los recién llegados, de modo que los lugares de aquellas familias que desaparecían fueran ocupados por la prole cada vez mayor de los grupos restantes” (Wolf, 1976: 288-289). En contraste, la inmigración posterior al año 1800 fue más fragmentada en cuanto que hubo menos unidades familiares completas. Esto constituyó, en parte, un resultado de la alta tasa de mortalidad de los padres en los largos viajes marítimos hacia América. Sin embargo, de las familias que sí llegaron, muchas no tenían conexiones de parentesco, por lo que se convirtieron en unidades aisladas en un medio urbano alienante.

La relativa ineficacia de los mecanismos sociales informales más antiguos para hacer frente al problema de la orfandad después de 1800 produjo consecuencias sociales y económicas negativas para la sociedad y dio lugar a nuevas respuestas. Las grandes concentraciones de huérfanos en los centros urbanos hizo que el fenómeno fuera mucho más visible a los ojos del público y por lo tanto estimuló la formación de estructuras institucionales. La orfandad fue reconocida como un problema social que necesitaba ser remediado. Tal vez la consecuencia social negativa más significativa que se percibió de la orfandad fue el creciente problema de la delincuencia juvenil, particularmente en las ciudades portuarias de Boston, Nueva York, Filadelfia y Baltimore.

Al parecer, Nueva York fue la más afectada, ya que tuvo que cargar con el mayor número de inmigrantes pobres. Después de 1820 hubo una convicción cada vez mayor por parte de filántropos privados y funcionarios públicos de que a la inmigración se debían las enormes cantidades de niños dependientes y sus ulteriores actos de delincuencia. En enero de 1850, el Jefe de Policía de la ciudad de Nueva York, George W. Matsell, estimó que había casi 3 000 niños abandonados y vagabundos de entre 6 y 16 años de edad que deambulaban por las calles, mezclándose en hurtos, prostitución y otras actividades criminales. Según Matsell, muchos de estos niños eran hijos de inmigrantes irlandeses y alemanes que habían llegado durante el decenio de 1840 (Schneider, 1938: 329). Una preocupa-

ción análoga fue expresada en 1854 por Charles Loring Brace, fundador y secretario de la recién creada Sociedad de Ayuda a los Niños. Reproduciendo las palabras de Brace, “no existen peligros tan graves para el valor de la propiedad o la permanencia de nuestras instituciones como los que provienen de la existencia de ... una clase de niños vagabundos, ignorantes e indisciplinados” (Bremner, 1982: 85).

Como muchos otros funcionarios públicos y filántropos privados de su época, tanto Brace como Matsell percibieron el número creciente de niños dependientes (muchos de los cuales eran huérfanos) como una amenaza para la estructura moral y la estabilidad social de la sociedad. De este modo, no cabe sorprenderse de que el período de mayor inmigración (1820-1850) en Nueva York coincidiera con el establecimiento de múltiples organizaciones e instituciones (privadas y públicas) cuya finalidad era proporcionar alimentos, ropas, albergue y educación a los niños huérfanos. Así, la respuesta inicial de la sociedad urbana fue tanto defensiva como terapéutica y adoptó la forma de confinamiento. Entre instituciones formadas sólo en la ciudad de Nueva York durante los años 1830 figuran las siguientes: la Casa de Huérfanos Leake y Watts, fundada en 1831; la Sociedad de Socorro de Niños Huérfanos y Desamparados, fundada en 1835; la Asociación de Ayuda a los Huérfanos de Color, fundada en 1836; y el Asilo de Socorro de los Hijos de Viudos y Viudas Pobres, constituido legalmente en 1835. Se pensaba que instituciones de esta índole, con un estricto código de disciplina y una sólida doctrina moral, formarían ciudadanos honrados y trabajadores, que no se convertirían en “cargas públicas” o en una amenaza social.

De este modo, la principal línea de respuesta a la orfandad en los centros urbanos dejó sin tocar la desintegración sin precedentes de la vida familiar entre los grupos de inmigrantes pobres. La mortalidad paterna (pero también el abandono de los maridos) dejó a miles de madres solas encargadas de los deberes domésticos del hogar y que al mismo tiempo tenían que procurarse los ingresos necesarios para su propio mantenimiento y el de sus hijos. Para muchas madres ésta constituía una tarea casi imposible, especialmente si sus hijos eran demasiado jóvenes para cuidarse solos. Margaret O'Brien Steinfels describe ese dilema en su libro “Who's Minding the Children? The History and Politics of Day Care in America”. Según la autora:

“Dado que la sociedad en general consideraba primordial los deberes domésticos de la madre, la madre trabajadora se encontraba en un dilema. ¿Cómo podía un niño ser educado adecuadamente si su madre no estaba allí para hacerlo? ¿Cómo podía el hijo sobrevivir si su madre no traía el sustento?. ¿Cómo podía considerarse normal un hogar sin una madre que lo presidiera? ¿Cómo podía siquiera haber un hogar sin que la madre trabajara para pagar por él?” (Steinfels, 1973: 39).

La difícil situación de las madres solas obligadas a ser a la vez el sostén de la familia había de continuar hasta aproximadamente 1870, año después del cual

muchos reformadores sociales modificaron su posición en lo referente al cuidado de los niños dependientes.

Entre reformadores como Charles Brace cundió el pesimismo en cuanto a la eficacia de los orfanatos y asilos como estructuras institucionales oficiales para educar a los niños huérfanos. Se desarrolló una fuerte motivación para mantener al niño dentro de un ambiente familiar; la preservación de la unidad familiar llegó a ser máxima prioridad con respecto a las políticas de reforma social.

Este nuevo énfasis en la preservación de la familia dio origen al establecimiento de estructuras institucionales algo menos formales, conocidas como "guarderías diurnas". Los filántropos privados (muchos de los cuales eran mujeres acaudaladas) consideraban que estas guarderías constituían "opciones parecidas a la familia"; que podían satisfacer las necesidades de las familias de un solo progenitor encabezadas por mujeres. La disponibilidad de guarderías diurnas significaba que muchas madres con hijos pequeños podían ahora dejarlos al cuidado de mujeres que los atendieran y salir a trabajar. Los niños que quedaban en estas guarderías normalmente recibían sus comidas habituales, ropas limpias, educación y alguna instrucción religiosa. El éxito relativo logrado por las guarderías diurnas en el cuidado de los hijos de madres trabajadoras facilitó un marcado incremento de la participación femenina en la fuerza de trabajo.

Por supuesto, las guarderías diurnas no fueron ninguna ayuda para los huérfanos de padre y madre; tampoco lo fueron otras estructuras institucionales diseñadas para proporcionar sólo cuidado y apoyo temporal. Los huérfanos de padre y madre necesitaban atención a largo plazo, que la mayoría de las instituciones no estaban preparadas para ofrecer. Además, existía la preocupación de que una larga permanencia en un ambiente institucional no proporcionaría la necesaria educación intensiva que normalmente podían recibir los niños como miembros de una familia. Esto llevó a los funcionarios públicos y a los reformadores sociales a tratar de establecer un programa que sirviera como opción parecida a la familia.

La respuesta institucional a esta situación fue la creación gradual de servicios especializados de adopción bajo el patrocinio de los hogares temporales para los pobres. Un caso pertinente fue el Hogar Temporal para Indigentes de Boston, organizado en 1847 para los pobres de la ciudad. En la década de 1850 se modificaron las prácticas de admisión al hogar, de modo que en lo sucesivo se negó todo apoyo ulterior a las mujeres "perdidas", a los adultos y a los niños descarriados (Zainaldín y Tyor, 1979: 29). En cambio, se prestó asistencia a los niños dependientes, muchos de los cuales eran huérfanos de padre y madre. Se consideró que esta clase particular de niños tenía extrema necesidad de cuidado permanente, de preferencia dentro de un medio familiar. Por consiguiente, en 1855 el personal del Hogar Temporal ideó una original política de adopción y asistencia social para hacer frente a este problema (Zainaldín y Tyor, 1979: 27-28). Entre 1851 y 1885 el Hogar se acreditó el mérito de un total de 881 opciones legales.

Al mismo tiempo, sin embargo, los niños dependientes provenientes de familias inmigrantes (muchos de los cuales habían perdido a uno o a sus dos padres) se ganaron el apodo de “carga pública”. El término daba a entender que esos niños habían de considerarse nada menos que una carga económica para la comunidad; la orfandad era considerado un problema económico. En los últimos decenios de la era colonial y los primeros años posteriores a la colonia, muchos niños dependientes considerados como “carga pública” en la ciudad de Nueva York fueron enviados al hospicio o asilo de pobres, junto con adultos que duplicaban con creces su edad. Un censo levantado en 1795 en la ciudad de Nueva York reveló que, en un solo hospicio más del 40% de la población estaba compuesta por niños de menos de 9 años de edad (Schneider, 1938: 185). Dado que el hospicio público estaba orientado hacia el cuidado de adultos pobres, el bienestar de los niños menores que estaban en él pronto se convirtió en una gran preocupación para muchos filántropos privados. Atendiendo a este problema, una organización filantrópica llamada la Sociedad de Damas para el Socorro de Viudas con Niños Pequeños empezó en 1806 a formar la primera Sociedad Pro-Asilos de Huérfanos de Nueva York.

La formación de la Sociedad Pro-Asilos de Huérfanos de Nueva York abrió el camino para el establecimiento de decenas de otras instituciones y organismos privados que se ocuparon específicamente del cuidado de los niños huérfanos. Sin embargo, muchas de estas instituciones tropezaron con graves dificultades financieras y se vieron obligadas a depender de la ayuda monetaria de la ciudad en forma de subvenciones y subsidios. Esa fue la difícil situación del Asilo de Huérfanos de Nueva York cuando, en 1807, los costos de construcción llevaron a la organización a tener un déficit. Como resultado, “el poder legislativo autorizó a la Junta de Sanidad de Nueva York para que reuniera 5 mil dólares mediante una lotería, además de los 25 mil dólares previamente autorizados, y entregara la suma mencionada en primer término a la Sociedad Pro-Asilos de Huérfanos” (Schneider, 1938: 190).

Sin embargo, la verdadera carga económica que afectó a la ciudad de Nueva York ocurrió durante el período 1815-1840, con la llegada de miles de inmigrantes pobres. Las epidemias generalizadas exacerbaron aún más el problema y pronto Nueva York se convirtió en una ciudad que luchaba desesperadamente por financiar sus programas e instituciones para los pobres. Esta presión financiera llevó a la ciudad a solicitar ayuda estatal, la cual finalmente fue concedida en 1817, cuando se asignó a la ciudad una suma fija de 10 mil dólares anuales para que prestara asistencia a sus extranjeros pobres (Schneider, 1938: 136).

Finalmente, la disolución de las redes de parentesco cercano y los resultantes problemas de orfandad en muchos centros urbanos pueden haber contribuido en gran medida a un elevado nivel de movilidad interna entre los estadounidenses jóvenes. La falta de vínculo de parentesco en la mayoría de las grandes ciudades probablemente impulsó a muchos niños de familias inmigrantes que habían perdido a sus dos padres a migrar hacia el oeste en busca de empleo seguro y estable. Nuevamente cabe recordar que muchos niños quedaron huérfanos incluso antes de que llegaran al Nuevo Mundo, debido al largo y penoso viaje por mar. Además, la

ciudad de Nueva York, junto con otras ciudades portuarias, fue atacada por una serie de epidemias catastróficas que causaron la muerte de miles de inmigrantes pobres durante los primeros decenios del siglo XIX. El resultado para muchos niños inmigrantes fue una ruptura repentina de los vínculos de mantenimiento con sus padres, lo que les permitió vagar libremente. Asimismo, cabe señalar que el estado de pobreza de la mayoría de las familias inmigrantes significó que pocos padres consideraran que valía la pena redactar un testamento. Ellos sencillamente no poseían una propiedad o bienes materiales considerables que pudieran traspasar a sus hijos o sirvieran para comprarles protección. Esta situación debe haber sido también un factor que contribuyó a la migración entre los niños huérfanos.

Los informes sobre orfandad en el Alto Canadá alrededor del mismo período parecen confirmar esta impresión de la movilidad de los huérfanos. Si se puede aceptar la composición de los hogares en Toronto Gore en los años 1850 como representativa de los hogares en los grandes centros urbanos de Norteamérica, parece probable que la migración entre ciudades era común entre los huérfanos. En Toronto Gore, los “hogares extendidos” representaban casi el 41% de todos los hogares del municipio entre 1841 y 1871... El hogar típico consistía en una familia nuclear y una variedad de parientes, pensionistas, huéspedes, sirvientes, trabajadores o aprendices, y frecuentemente “huérfanos” (Gagan y Mays, 1973: 45). Muchos de estos últimos eran transeúntes. En las palabras de Gagan y Mays, tales individuos “no eran sólo migrantes que se dirigían a algún oscuro destino geográfico, sino hombres y mujeres jóvenes en un estado de transición de la dependencia de la niñez a la independencia de la edad adulta para quienes las familias de Toronto Gore eran instrumentos esenciales, por breves que fueran, de esa transición” (Gagan y Mays, 1973: 46).

Sin embargo, no toda la migración por parte de los huérfanos era voluntaria o, como ocurría a menudo, dispuesta por sus parientes. En la ciudad de Nueva York las actividades de algunos filántropos privados, en especial Charles Brace, Secretario de la Sociedad de Ayuda a los Niños de Nueva York, dieron por resultado la migración “forzada” de miles de niños huérfanos a familias agrícolas de la región fronteriza de los Estados Unidos. “Placing out” ubicación externa llegó a ser el nombre aceptado de este programa y “únicamente la agencia de Brace colocó a más de 92 000 niños durante el período en que fue Secretario” (Leiby, 1978: 84).

Cabe mencionar asimismo el vasto programa de “ubicación externa” en Gran Bretaña durante la última parte del siglo XIX, en virtud del cual 80 000 niños y niñas fueron enviados al Canadá a trabajar con arreglo a contratos de aprendizaje como trabajadores agrícolas y sirvientes domésticos. Un tercio de esos niños eran huérfanos. Un patrocinador destacado de este programa fue el Dr. Barnardo, quien emprendió la tarea de establecer hogares que funcionaran como centros de migración de niños hacia el Canadá. “La mitad de los emigrantes de Barnardo eran hijos de viudos o viudas; uno de cada seis niños había perdido a sus dos padres” (Parr, 1980: 65). De este modo, Norteamérica no sólo producía sus propios huérfanos, sino que también importaba un gran número de ellos desde ultramar.

Una consecuencia de este programa fue aumentar considerablemente el volumen de la migración interna dentro del Canadá: “las niñas de Barnardo (como eran conocidas) se trasladaban de un lugar a otro un promedio de cuatro veces durante sus cinco primeros años en el Canadá, mientras que los niños de Barnardo lo hacían tres veces como promedio” (Parr, 1980: 88). Además, “de los niños de la muestra de Barnardo que cumplían períodos de hospedaje externo, las tres cuartas partes se trasladaban a un condado diferente cuando comenzaba el período en que debían recibir salarios con arreglo a su contrato de aprendizaje, y el 15% era transferido de Ontario hacia el Oeste” (Parr, 1980: 88). La razón de este rápido movimiento es que su función principal era restablecer la estabilidad económica en las zonas agrícolas rurales que experimentaban una escasez de mano de obra. Los niños eran trasladados sencillamente atendiendo a las demandas competitivas de sus servicios laborales (Parr, 1980: 88).

CONCLUSION

El intento de generalizar respecto de la experiencia de la orfandad en la América del Norte histórica es una empresa arriesgada; la diversidad de tiempo y de lugar es demasiado grande. Los habitantes de New France, los trabajadores irlandeses de las acerías de Pittsburgh en el siglo XIX, los agricultores (propietarios o trabajadores) del sudoeste y la sociedad del sur basada en la esclavitud representan variaciones de raza, idioma, religión, economía, ecología e historia que desalientan las exposiciones sucintas, al igual que ocurre con la escasez de publicaciones científicas pertinentes. Sin embargo, un examen de esas publicaciones sugiere varios temas importantes, algunos de los cuales por lo menos sirven para poner en contraste la experiencia norteamericana con la de las sociedades europeas más arraigadas. Hasta hace relativamente poco tiempo, América del Norte ha estado formada principalmente por sociedades de regiones fronterizas, un continente vasto y en gran parte vacío que era llenado por los inmigrantes y sus descendientes. Las oportunidades aparentemente interminables atrajeron a millones de personas hacia América del Norte y las hicieron seguir trasladándose una vez que llegaron allí. Vance Packard y otros cronistas pueden haber exagerado este elemento de la experiencia norteamericana, pero es difícil negar su importancia.

El primer párrafo de *My Antonia*, novela autobiográfica de Willa Cather (1876-1947), puede servir como vínculo simbólico de nuestro tema de la orfandad con los temas de la migración y la dispersión física:

“Oí hablar de Antonia por primera vez en lo que me pareció un viaje interminable a través de la gran llanura de la región central de América del Norte. Tenía yo entonces 10 años de edad; había perdido a mi madre y a mi padre en el transcurso de un año, y mis parientes de Virginia me enviaban a casa de mis abuelos, que vivían en Nebraska”.

El viaje desde Virginia hasta Nebraska sería de unos 2 000 kilómetros.

En los primeros años de la colonización del continente por los europeos, la orfandad debe haber sido bastante elevada y cabe presumir que era más elevada, como promedio, que en las sociedades más maduras de Europa. Factores tales como los climas severos, la resistencia por parte de los habitantes nativos, el aislamiento físico, la carencia de provisiones básicas y la falta de doctores y de suministros médicos deben haber ayudado todos a producir elevados niveles de mortalidad. Sin embargo, la literatura sugiere que, al parecer, la América del Norte colonial supo manejar el problema de la orfandad resultante sin mayores dificultades. La sociedad estaba basada en el parentesco; el idealismo religioso, la oportunidad y las necesidades de supervivencia pura fomentaron un espíritu de cooperación basada en la comunidad. La orfandad debe haber sido habitual, pero aparentemente fue manejada como cosa rutinaria por los parientes y la comunidad. Para el agricultor —el norteamericano típico— el matrimonio era esencial; cabe presumir que las segundas nupcias constituían la norma.

La línea divisoria de América del Norte parece haber sido el comienzo de la moderna migración transatlántica, que comenzó en los primeros años del siglo XIX y cobró velocidad en la segunda mitad del siglo. Esta migración comprendía a individuos más aislados, en oposición a los miembros de familias migrantes. Los inmigrantes a menudo eran personas pobres y sin tierras, que trataban de escapar de desastres económicos en sus países (por ejemplo, Irlanda y Suecia); no pocas veces se establecían al desembarcar en los barrios de tugurios urbanos de las ciudades industriales y portuarias de la costa oriental de América del Norte. La mortalidad en tránsito era elevada; los grupos familiares que venían a menudo se disgregaban antes de llegar. La mortalidad en los barrios de tugurios probablemente era superior al promedio del continente o de la época. Por contraste, en las zonas agrícolas más estables y los pueblos pequeños, la declinación gradual de la mortalidad debe de haber disminuido la incidencia de la orfandad, mientras los mecanismos informales señalados anteriormente continuaban funcionando.

En las grandes ciudades, sin embargo, se reconoció a la orfandad como un problema. Probablemente, la incidencia era mayor. Las redes estables de parentesco y las pequeñas comunidades eran más raras. Más mujeres —todavía las principales encargadas del cuidado de los niños— se vieron obligadas a encontrar empleo fuera del hogar. La explotación estaba menos limitada por las relaciones personales y las normas culturales comunes. La delincuencia juvenil emergió como problema visible y fue conscientemente vinculada con la orfandad y la desintegración de la familia, como frecuentemente se la vincula hoy en día.

Cualesquiera que hayan sido las explicaciones, la orfandad fue definida como un problema social y surgieron diversas respuestas institucionales para hacerle frente: asilos de huérfanos, guarderías diurnas, agencias públicas y privadas de adopción, planes organizados para la colocación de huérfanos en zonas de gran demanda de mano de obra. Dichas respuestas entrañaban una mezcla de filantropía privada, asistencia social del gobierno y empresa comercial. Cada tipo de solución tenía sus problemas concomitantes, ya que los contemporáneos se preocupaban por los efectos que producía la vida en instituciones en el desarrollo de la personali-

dad de los niños o por las posibilidades de explotación en los planes de trabajo de menores. Los gobiernos se quejaban de los costos elevados. En esto, como en tantos esfuerzos humanos, una sólida base fiscal era la clave para la supervivencia, y para el éxito en un sentido más estrecho del término. La Escuela Milton Hershey para niños huérfanos, fundada por el magnate del chocolate en 1909, sobreviviente hasta el día de hoy, beneficiaria de la mayor parte de su cuantiosa fortuna, única dueña de Hershey Entertainment and Resort Co., y accionista mayoritario de Hershey Foods. Alberga y educa a unos 1 300 niños de ambos sexos, habiéndose empezado a admitir a niñas en 1976 (Toronto Globe and Mail), 3 de noviembre de 1984).

Nuestros comentarios y la literatura se refieren primordialmente a las percepciones de la orfandad que tiene la sociedad y sus reacciones ante ella. Desde luego, ellas comprenden sólo una pequeña parte de nuestro tema asignado: las consecuencias sociales y económicas. Cada una de las "trayectorias familiares" de los huérfanos y cada una de las principales definiciones y respuestas societales necesitaría un examen más detenido en una variedad de entornos en el tiempo y el espacio, antes que pudiéramos siquiera empezar a responder estas preguntas más amplias. Y qué de las consecuencias resultantes del carácter de los propios huérfanos? Marca la experiencia a las personas de una manera que afecta para siempre su funcionamiento en la sociedad? Proporcionaron los huérfanos, como creían algunas personas de Nueva York y de Boston en el siglo XIX, la mayor parte de los reclutas para el ejército de la delincuencia juvenil y se graduaron esos delincuentes en carreras de crimen adulto, incluida la variedad de "cuello y corbata"? O funcionaron, de buen o mal grado, los mecanismos de rehabilitación de la sociedad para producir adultos que no se diferenciaron de manera sistemática de sus contraparte no huérfanos?

Para expresarlo de manera distinta, es la orfandad en gran medida un drama personal y privado, cuyo patetismo para el individuo es superior a las consecuencias sociales amplias o profundas? O puede ayudar a dar forma a la sociedad o cambiarla de manera importante, ya sea directa o indirectamente? La respuesta depende en parte de puros números, por lo que la demografía descriptiva tiene un importante papel que desempeñar tanto para aclarar la pregunta como para responderla. Pero las consecuencias más profundas de la orfandad son una función de la cultura y la estructura social, y sólo los estudios históricos y sociólogos detallados pueden arrojar luz sobre ellas. El presente seminario constituye un hito en el camino hacia su comprensión, pero está más cerca del comienzo que del fin del viaje.

BIBLIOGRAFIA

- Berkner, L. 1972. The Stem Family and the Developmental Cycle of the Peasant Household... *American Historical Review*, 77:398-418.
- Bourbeau, Robert and Jacques Légaré, *Evolution de la mortalité du Canada et au Québec*, Montreal: Les Presses de l'Université de Montreal, 1982.

- Bremner, Robert. 1983. Other People's Children, *Journal of Social History*, 16:83-121.
- Burch, Thomas K. 1965. *Some Social Implications of Varying Mortality*, Documento presentado a la Conferencia Mundial sobre Población de las Naciones Unidas, Belgrado. WPC/WP/348.
- Demos, John, 1970. *A Little Commonwealth: Family Life in Plymouth Colony*, London, Oxford University Press.
- Gagan, David y Herbert Mays. 1973. Historical Demography and Canadian Social History: Families and Land in Peel County, Ontario, *The Canadian Historical Review*, 54: 1, 27-47.
- Gregory, Ian. 1965. Retrospective Estimates of Orphanhood from Generation Life Tables, *Millbank Memorial Fund Quarterly. The Canadian Historical Review*, 43: 323-348.
- Kawashima, Yasuhide. 1981. Adoption in Early America, *Journal of Family Law*, 20:1, 677-696.
- Laslett, Peter. 1974. Parental Deprivation in the Past: A Note on the History of Orphans in England, *Local Population Studies*, 13:11-18.
- Leiby, James. 1978. *A History of Social Welfare and Social Work in the United States*, Columbia University Press.
- Lotka, Alfred J. 1931. Orphanhood in Relation to Demographic Factors, *Metron*, (Rome), 9: 37-109.
- McQuillan, K. 1985. Ontario Mortality Patterns: 1861-1921, *Canadian Studies in Population*, 12: 31-48.
- Parr, Joy. 1980. *Labouring Children: British Immigrant Apprentices to Canada, 1869-1924*, Montreal, McGill-Queen's University Press.
- Pickett, Robert S. 1969. House of Refuger: *Origins of Juvenile Reform in New York State, 1815-1857*, Syracuse, New York, Syracuse University Press.
- Schneider, David M. 1938. *The History of Public Welfare in New York State, 1609-1866*, Chicago, Illinois, The University of Chicago Press.
- Steinfels, Margaret O'Brien. 1973. *Who's Minding the Children? The History and Politics of Day Care in America*, New York, Simon and Schuster.
- Snydacker, Daniel. 1982. Kinship and Community in Rural Pennsylvania, 1749-1820, *Journal of Interdisciplinary History*, XIII: 1, 41-61.
- Wells, Robert V. 1971. Demographic Change and the Life Cycle of American Families, *Journal of Interdisciplinary History*, II. 273-282.
- Wolf, Stephanie Grauman. 1976. *Urban Village: Population, Community, and Family Structure in Germantown, Pennsylvania, 1683-1800*, Princeton University Press.
- Zainaldin, Jamil S. y Peter L. Tyor. 1979. Asylum and Society: An Approach to Institutional Change, *Journal of Social History*, 13: 23-48.